

EL *QUIJOTE* Y LA POESÍA ESPAÑOLA
DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

JOSÉ MARÍA BALCELLS
Universidad de León

La contribución al mejor conocimiento de la obra literaria, así como al perfil humano de Miguel de Cervantes no se limita a las informaciones documentales e interpretaciones hermenéuticas de los cervantistas u otros estudiosos. También los poetas en ocasiones ofrecen algunas vislumbres al respecto en poemas específicos acerca de los escritos y de la idiosincrasia de Miguel de Cervantes, como se atestigua en las siguientes páginas. En ellas se exponen y comentan algunas de las más interesantes composiciones inspiradas en la genial novela protagonizada por el hidalgo manchego.

LA PROMOCIÓN DE 1936

En las promociones de 1936 y posteriores a la Guerra Civil que estallaría aquel año se encuentran no pocos poetas que rindieron tributo al tema que nos ocupa. Sin embargo, en términos generales puede decirse que no tentó a las plumas más afines al régimen del general Franco. Luis García Montero explicaba este fenómeno diciendo que «las trazas grotescas y los portes irrisorios casan mal con los himnos. Quizá por eso, bajo las glorias superficiales del pasado y el canto a las cumbres de la cultura hispánica, latiera siempre una incomodidad con el mundo cervantino y con los disparates humanos de un loco» (2005: 18).

Las referidas apreciaciones solo en parte son de aplicación, empero, en el supuesto del poeta Juan Alcaide (1907-1951), pues fue uno de los escritores de la pasada centuria en cuya obra aparecen con frecuencia asuntos concer-

nientes al relato sobre el ingenioso hidalgo. La circunstancia de ser manchego, concretamente de Valdepeñas, debió de pesar lo suyo en su reiterada apelación a algunos de los personajes principales de la novela, de quienes era, dejando aparte la ficcionalidad literaria, coterráneo. Referencias aisladas a don Quijote se registran ya en dos de sus libros anteriores a la Guerra Civil, así en *Llanura* (1933) y en *La noria del agua muerta*, conjunto publicado tan solo un mes antes de que estallase la contienda.

Movilizada en 1937 su quinta, bastante avanzado el enfrentamiento bélico, publicó en Buenos Aires su elegía *Mimbres de pena*, en memoria de Federico García Lorca. Al término de la guerra, fue sometido a depuración política por el nuevo régimen, que lo suspendió de empleo y sueldo como maestro hasta que, en 1941, pudo reincorporarse a su escuela de Puerto Lápice. Señalamos estas vicisitudes para situar históricamente la creación de la quinta de sus obras líricas, *Ganando el pan*, editada en Ciudad Real en 1942. Escrita en un contexto histórico de escombros y de penuria colectiva, y sintiéndose el autor rehabilitado y con voluntad firme de contribuir a la reconstrucción del país desde su modesta, pero significativa, parcela laboral, Alcaide dedicó un par de entusiásticos poemas del libro a cantar la ideología falangista sobre España. Son los titulados «Amor del mozo y fe de la sobrina», composición en romance, y «Sancho, bajo la luna de noviembre, reza su pena a José Antonio», texto en cuartetas.

No carece de una sorprendente originalidad temática el primero de tales poemas, ya que uno de sus protagonistas es nada menos que el «mozo de campo y plaza» que estaba al servicio de Alonso Quijano, y del que el narrador se olvida por completo después de referirse a él en los primeros compases del relato. Nada en el texto cervantino autoriza a ir más allá de la literalidad en lo que atañe a las funciones de tal muchacho, el cual debía ser utilizado para cualquier tarea dentro o fuera de la casa. Algún analista ha pretendido asociar su figura a actividades domésticas concupiscentes, pero no parece que Cervantes hubiese avalado semejante interpretación.

La hipótesis que poetizó Juan Alcaide resulta más creíble, más acorde con el espíritu cervantino, pues imagina que el mozo y la sobrina estaban enamorados, y que a él se le llamó a la guerra, de la que no volvería. En el poema no se ubica la acción, sin embargo, en tiempos áureos, sino en el siglo xx, en los años de la Guerra Civil que le tocó vivir al propio escritor valdepeñero. El

mozo va a perder la vida por la idea de España que defendían los falangistas y el ejército de Franco, de ahí que cayese

Como un polvorín de gracia
que estallase por la lumbre
de un tremendo «¡Arriba España!».
Cinco estrellas le clavaron
su corazón sobre el alba,
y el cielo fue más que nunca
cielo por esa medalla (Alcaide, 2003: 399).

La sobrina, empero, no lloró. El joven había muerto por un ideal. Ella se sentía contenta por el mañana de esperanza que alboreaba en España, un mañana que también concibe luminoso un Sancho Panza contemporáneo que expresa su pesar por la muerte del ideólogo y líder falangista José Antonio Primo de Rivera. Así lo siente el labriego en la composición citada más arriba, en la que Alcaide acude a la idea metafórica del noviazgo para significar el de España —la novia— con su novio —José Antonio—. Una novia plural, ya que comprende otras cincuenta, el número de las provincias españolas.

En el período de sus iniciales tentativas en verso, el poeta oriolano Miguel Hernández (1910-1942) dedicó varias composiciones encomiásticas al periodista coterráneo Juan Sansano Benisa. Entre ellas hay dos sonetos, «Huyó del mago pueblo del Segura» y «Deshizo agravios y enderezó entuertos», inspirados ambos en Alonso Quijano y sus ideales, dado que la generosidad de Sansano hacia su persona le traía a la memoria el desprendimiento quijotesco.

Gabriel Celaya (1911-1991), de la misma promoción que Alcaide y Hernández, y uno de los representantes máximos de la poesía española «comprometida» en contra del régimen franquista durante la posguerra, no vio con buenos ojos a don Alonso Quijano y su aventurerismo. La prueba la tenemos en uno de los poemas de *Cantos íberos*, libro editado en 1955. En ese conjunto se integra la composición «A Sancho Panza», en la que se contraponen la visión en positivo del escudero al enfoque negador de don Quijote.

Uno y otro fueron personajes de ficción de ayer que, para el poeta, tienen su réplica real contemporánea. Sancho encarna al pueblo español llano, en el que se sustenta la patria, a la que hace avanzar con la constancia de su trabajo diario. En contrapunto, hay en el país un estamento ocioso, el del señorito,

que vive a costa de la fuerza laboral de los humildes, y es el que representa a la casta de hidalgos a la que perteneció el aventurero manchego. Con tales presupuestos, no puede extrañar que el hablante poemático fie el porvenir de España en Sancho. El texto culmina con esta invocación al escudero:

Sancho humilde, Sancho fuerte.
 En ti pongo mi esperanza
 porque no fueron los hombres que se nombran
 los que hicieron
 más acá de toda historia —polvo y paja— nuestra
 patria,
 sino tú como si nada (Celaya, 1977: 269-270).

PRIMERA PROMOCIÓN DE POSGUERRA

En la primera de las promociones poéticas de posguerra hubo más autores interesados en el *Quijote* como tema poético que en la leva de 1936. En 1968 Blas de Otero (1916-1979) editaría en París, en la colección Ruedo Ibérico, *Que trata de España*, donde agrupa diversos poemas a vueltas de la novela cervantina, como por ejemplo «Vámonos al campo», «Un lugar» y «La muerte de don Quijote», siendo el primero y el último los de más interesante contenido.

«Vámonos al campo» es un soneto en el que Sancho Panza le habla a don Quijote para que encauce su conducta. Se dirige a él sin tildarlo de loco, sino de «divino chalado», lo que supone aceptar sus ideales, pero a cambio de conferirles el tino práctico imprescindible para llevarlos a su fin eficazmente. El escudero le pide también al hidalgo que sosiegue sus sinrazones, y que sepa extraer la debida lección de los infortunios para invertir su contraria suerte:

Debajo del cielo de tu idealismo,
 la tierra de arada de mi realismo.
 Siéntate a mi lado, señor don Quijote (Blas de Otero, 2016: 483).

El texto «La muerte de don Quijote» está construido incorporando citas ajenas, entre ellas de Quevedo, y de la propia novela cervantina. Blas de

Otero concibe a un Cervantes que se identifica a la vez con don Quijote y con España, porque tanto él, como personaje, como su patria han acometido una cruzada muy grande. Y tras esa situación ya solo resta esperar la muerte. Sin embargo, la semilla sembrada en la mente y en el corazón de Sancho va a fructificar. El escudero fue aleccionado en pro de la libertad, y se le hizo creer que había que combatir para alcanzarla. Por esa razón, animará a su amo a que no se abandone a la muerte, sino que se sobreponga y siga viviendo.

Excusado resultaría subrayar que la mención a la libertad que se hace en el texto apunta de modo bien fehaciente, aunque indirecto, a su manifiesta carencia en la dictadura franquista. Una posible interpretación del corolario final de «La muerte de don Quijote» pudiera ser que los líderes acaso dejen la lucha, pero no va a dejarla la gente de a pie, mensaje en consonancia con el de Gabriel Celaya.

De uno de los autores de esta promoción, Ramón de Garciasol (1913-1994), es el atípico aporte al tema que se muestra en su libro *Hombres de España: Cervantes*, publicado en 1968. Es esta una obra exclusivamente integrada por sonetos, a través de los cuales son poetizados momentos clave de la biografía de Miguel de Cervantes. En dicha poetización suele dirigirse el dicente al propio biografiado, al que ofrece su empatía solidaria.

La simbiosis entre Cervantes y don Quijote es un lugar común del libro. Las desventuras que sobrevinieron al hidalgo habrían sido espejo de las padecidas por el novelista. En uno de los mejores textos del conjunto, «No son castillos», las equivocadas visiones de la realidad que afectaron al caballero andante traducirían los errores de percepción de la realidad humana por parte del Cervantes novelista:

Estaba todo en ti, Miguel Cervantes.
Cuanto veías en el tiempo, ecos
de hombres, sombra, viento. Los muruecos
te patearon, y los cerdos, antes
que al pobre don Quijote, criatura
ridícula por fuera, alto fracaso (Garciasol, 1980: 130-131).

José Hierro (1922-2002) se inspiró en la temática quiijotesca en más de una ocasión. Un punto de vista bien atípico se plasma en su soneto «Don

Quijote trasterrado», inserto en su conjunto *Agenda*, publicado en 1991. El poema se dedicó a un amigo del autor, Eulalio Ferrer, que hubo de exiliarse, tras la Guerra Civil, a tierra mexicana. El hablante del texto se expresa desde su destierro azteca, imaginando desde allí, a modo de palimpsesto, que en aquel horizonte se reflejaba La Mancha española. Establecido el paralelo, afirma la paradoja de la realidad de lo inventado por Cervantes, y de lo soñado desde su real lejanía del suelo patrio. Como Quijote trasplantado a México, acaba confesando su tan forzosa como necesaria adaptación a las nuevas circunstancias.

Si en el antedicho poema se sucedían las referencias a la novela cervantina (La Mancha, el cura, los gigantes, Clavileño, Rocinante y Dulcinea), ninguna hallamos en el conocido texto «Réquiem», que pertenece a un libro bastante anterior a *Agenda*, concretamente a *Quinta del 42* (1952), composición que se ha considerado impregnada de significaciones cervantinas (García Montero, 2005: 222-224). Quizá la más palmaria resida en el contraste entre los quijotes de antaño que perdieron la vida batallando en lejanas tierras, y los anónimos quijotes del presente fallecidos en el exilio de 1939. Perecieron aquellos envueltos en un aura de leyenda heroica, en tiempos del imperio español. Esos, en cambio, mueren sin pena ni gloria, en la sencilla cotidianidad de un lugar cualquiera de América.

En esta primera promoción de posguerra varias mujeres crearon igualmente versos a propósito de la novela, destacando entre ellas Gloria Fuertes (1918-1988) y Sagrario Torres (1922-2006). De Fuertes podemos aducir, al menos, dos textos. Breve es la composición a la que la poeta madrileña dio el título de «Adivina adivinanza...»¹. Su peculiaridad más distintiva reside precisamente en el carácter lúdico del texto, un texto que se atiene a rasgos muy propios de la llamada literatura infantil, envolviéndose ahí el entretenimiento y la enseñanza con un lenguaje muy directo en el que se dan pistas seguras para la solución del enigma por parte de los niños. Enjundioso resulta el poema «Quijote y Sancha», incluido en *Historia de Gloria*, y en el que la hablante muestra un interior escindido en dos personalidades abiertas a varias caracteriologías:

¹ El texto se inserta en la citada selección antológica de García Montero (2005: 217).

la huida. Dos sonetos integran luego el fragmento III, composiciones ambas «En homenaje a la Tolosa y la Molinera».

Una severa diatriba contra la pérdida de valores del mundo sustenta la apología de don Quijote que leemos en el fragmento II del segundo canto de dicho libro. Ahí se mantiene que para regenerar una insoslayable decadencia se precisa, a fin de que siga habiendo esperanza en un justo porvenir humano, de una cuarta salida del caballero andante, pues él encarna la sublimidad, la belleza, la poesía, la música, así como los demás valores degradados y perdidos. La historia habrá de mejorar necesariamente por su rebeldía, una rebeldía religiosa, evangélica, santa, y que justifica el ruego de que abogue para que se preserve la hermosura en el interior del ser humano y de la naturaleza. Escribe Sagrario Torres:

Tú, apóstol decimotercero,
 sube a la más alta cima y pide
 que no se acabe nunca la memoria del hombre,
 que los mares no hagan
 fosa común de cuanto existe,
 ni las hachas de enloquecidos montes
 arranquen los pilares más hondos.
 Clama, para que siga en pie cuanto de hermoso
 se alza todavía
 en las conciencias y el paisaje (Torres, 1986: 57).

Viene encabezado el fragmento III por una cita procedente de la unamuniana *Vida de don Quijote y Sancho* (1904). La cita que se traslada es, en realidad, doble, pues en una primera abre don Quijote su corazón a Aldonza, y en la segunda hace ella lo propio respecto a él. En ambas se expresa la convicción de Unamuno, compartida por los dos personajes, de que el tardío encuentro con la amada impidió al héroe conjurar su locura. Basándose en la petición que, en el texto de Unamuno, le dirige Aldonza a don Quijote para que acuda al reposo de su regazo, en este último fragmento también se ofrece la hablante para cuidar al héroe con entero desvelo, para entregarse a su servicio de modo fiel, exclusivo, absoluto. Como colofón, se interpela a don Quijote confesándole: «Te han amado los hombres. / Yo te amo por todas las mujeres» (Torres, 1986: 64).

POETAS DE LOS CINCUENTA

Ninguno de los más remarcados nombres de la promoción de los cincuenta escribió composiciones que remitiesen al *Quijote*. Sí lo hicieron, en cambio, autores de esta leva cuya obra ha alcanzado menos repercusión, aun siendo de alto interés. El palentino Gabino Alejandro Carriedo (1923-1981) dejó inéditos los sonetos de su libro *Taimado lazo* (1947-1951), entre los que hay un par inspirados en el principal personaje cervantino, los titulados «A nuestro padre y señor don Quijote» y «Oración a don Quijote en su primera salida». Ángel Crespo (1926-1995) firmó el «Soneto de don Quijote sin caballo», un texto en el que aflora un anticonvencionalismo notable, y de matriz postista, augurado ya en el título (Crespo, 1993: 90).

La gaditana Pilar Paz Pasamar (1932-2019), en *Los buenos días*, un conjunto aparecido en 1954, recogió su poema «Aldonza se casa», un texto que, como se apunta en su titulación, aborda el asunto del personaje que serviría a don Quijote para construir mentalmente a su amada ideal. Pero la labradora del poema no se casa con el hidalgo. La poeta tan solo dice que se desposa, sin aclarar con quién. Lo que de veras importa en este texto es que contrajo nupcias ignorando que un hombre la había idealizado al máximo, siendo ella tan ajena al mundo de los sueños. La hablante poemática expresa su desconsuelo ante la que considera tan patética situación, que culminará en un matrimonio de lo más común, y sin otro horizonte que el ámbito doméstico. En el contexto social de la época, el poema dejaba sentir su rebeldía respecto al ralo horizonte hogareño que, a la sazón, en pleno franquismo, se proponía a las mujeres, de ahí que la hablante ponga fin al texto declarando que quiere

llorar por las que ignoran, por todas las robustas,
 por todas las Aldonzas, por las que nunca sueñan.
 ¡Por ti, por ti, Aldonza Lorenzo que hoy temprano
 te casas con el hombre bajo el sol de Castilla! (Paz Pasamar, 2013: 181).

En ese mismo año de 1954 en que la escritora andaluza había estampado su libro, el poeta sevillano Manuel Mantero (1930) daba comienzo a la elaboración de su conjunto lírico *Mínimas del ciprés y los labios*, publicado en 1958. En esta obra manteriana se halla un poema dedicado a un pretexto

inusual, el de la novela de Cervantes adaptada para un público infantil, de ahí que el título de la composición sea «Encuentro con mi viejo *Quijote para niños*». El poeta evoca en sus versos al que fue su primer libro, un libro al que se fueron añadiendo otros de bien contraria naturaleza:

Hoy te veo amarillo,
comido de ratones.
Derrota el tiempo más que los molinos.
Mi primer libro fuiste.
Pero hoy tengo en mi biblioteca
libros distintos. Libros
que enseñan sus heridas para herir
y su veneno para envenenar (Mantero, 1996: I, 80).

Carlos Álvarez (1933) se basó en el *Quijote* en dos conjuntos poéticos sucesivos, *Versos de un tiempo sombrío*, aparecido en 1976, y *Los poemas del bardo*, que fue publicado en 1977. En el primero de ellos figura el soneto «En un lugar de La Mancha», en el que se afirma el arvesamiento del mundo, con lo que ver las cosas al revés no supondría estar confundido, sino en lo cierto.

«Pequeño poema a Sancho» es el título de la aludida composición perteneciente a *Los poemas del bardo*. El texto comienza con un aserto que va a reiterarse varias veces, a modo de estribillo, y en que se concentra la idea central desarrollada. Es la de que «Ya los héroes no visten armadura». Resulta curioso constatar que, pese a su titulación, el nombre del escudero no se menciona en ningún momento. Sí, en cambio, el de Aldonza Lorenzo, retratada como una labriega que no cesa en su trabajo durante todo el día, fecundando la tierra. La mención específica de Sancho debió considerarla prescindible el poeta, tal vez por entender que Sancho está encarnado en cada uno de los trabajadores que cumplen diariamente con sus oficios. Ellos son los auténticos héroes del presente porque, como dicen los últimos versos del texto,

Ya los héroes no visten armadura
ni aprenden el manejo de la lanza,
pero están con nosotros en la tierra
sembrando su sudor y alimentándola (Álvarez, 1977: 27).

En esta promoción poética del cincuenta hay que referirse necesariamente al poeta de la segunda mitad del xx que ha elaborado más versos a vueltas del *Quijote*. Aludimos al barcelonés Jesús Lizano (1931-2015), quien a partir de 1997 empezó la escritura de la primera de las cuatro partes de su extensa obra *Lizanote de La Mancha*, la última de las cuales se publicó en 2004.

Para una más cabal comprensión del enfoque de *Lizanote de La Mancha* ha de acudirse a las consideraciones filosóficas del autor que sirven como prólogo a la referida entrega cuarta del libro, la de 2004. Ahí denomina «Lizania» a su entera aventura poética, en la que se asume la visión, defensa y acercamiento a la Acracia, al mundo real poético. Este escritor hizo de su vida y de su obra una búsqueda radical de ese mundo, en el que predominan la mente y el alma frente a la Razón, y en el que no se aspira a dominio alguno sobre el prójimo, pues para ello se requiere sentido pragmático y, por ende, político.

Tanto Lizano hombre como Lizano escritor se ajustaron efectivamente a ese presupuesto, el cual consideraba este poeta que lo encarnó el *Quijote* hasta que, rendido ante la razón, entraría de verdad en la locura más generalizada: la de justificar el desorden establecido, renunciando a su mundo real poético, a su mundo interior, a su inocencia. Consideraba Lizano que don Quijote se le adelantó en el tiempo en asumir los ideales antedichos, y por ende el hidalgo habría sido un Lizanote en la España de los Austrias lo mismo que Lizano representa al Quijote en la España contemporánea.

Son muchas las composiciones del conjunto cuatripartito *Lizanote de la Mancha* que merecen ser remarcadas y que, al hacerse eco de los planteamientos lizanianos, presentan una gran originalidad conceptual. En la primera de las partes del libro son mínimos los pretextos relacionables directamente con la novela cervantina, pero ya abundan en la segunda. Aludiremos a continuación a algunos de ellos.

En el poema «Muerte de Sancho» se afirma que quien muere es el escudero, no don Quijote. Los molinos no eran molinos, sino gigantes. Las ventas tampoco eran ventas, sino castillos. Por consiguiente, Sancho no tenía razón. El caballero andante no muere, porque la leyenda no puede morir. En otra composición, titulada «Falsa leyenda», se retoma el asunto de la muerte del hidalgo, negando que pudiera fallecer cuerdo, porque sería tanto como decir que el mundo, tal como funciona, no es una locura. Quijano murió

loco porque todos morimos locos. El mismo motivo vuelve a reaparecer en otros textos, así en «Fantasmas y vampiros», donde se declara que fue un escarnio relatar que el hidalgo acabó cuerdo. Don Quijote arremetió contra los molinos cuando en realidad debería haber arremetido contra los duques, los venteros, en fin, contra todos los fantasmones que lo tuvieron por loco.

Ya en la tercera parte, en el texto «La locura del alma» se repiensa el calificado de «bueno» que se predica de Alonso Quijano, a quien precisamente le habría hecho bueno su locura. Porque la bondad nació al ver gigantes en vez de molinos, y la alcanzó al regresar preso en la carreta, «camino de la inocencia». En la parte cuarta se retoma el tema de la locura para distinguir entre dos clases de locos, los buenos y los malos. El loco bueno es el que sabe que está loco, y en su vida trata de salvar el impulso creativo. El loco malo es el que funda su existencia sobre la arena inconsistente de la razón, y no sabe que está loco. Loco bueno fue Jesucristo. Otro loco bueno, el ingenioso hidalgo. Nuevamente torna el autor a reflexionar acerca del óbito de Alonso Quijano en el texto «La muerte de don Quijote», donde se vaticina que siempre nacerán caballeros andantes que van a acudir al llamado de la conquista de la inocencia para emprender la batalla de acabar con la locura de la razón. A todos se nos convoca para el logro de tal empresa en el último poema de esta parte, desde los versos del «Manifiesto poético», no político:

¡Todos únicos! ¡Todos compañeros!
 ¡Adelante la columna poética!
 ¡En nombre de la libertad, en nombre
 de todos los ingenuos
 Caballeros Andantes!
 ¡En nombre de nuestra especie! (Lizano, 2004: 199).

En 2005 publicó Jesús Lizano *Novios, mamíferos y caballitos*, conjunto poético subtítulo «(A la acracia por la inocencia)», y en el volumen sale nuevamente al encuentro de los lectores la temática quijotesca, plasmada en dos textos, «Lizanote en el Retablo», y «Sancho insumiso». En el primero se imagina el poeta, dentro del Retablo de Maese Pedro, animando al caballero manchego a la conquista de la inocencia. En el segundo se entona el *mea culpa* por tantos elogios dedicados a don Quijote, y tan pocos a su escudero, quien al cabo desistió del gobierno de la «ínsula», el cual implicaba la tenen-

cia del poder fáctico. A Sancho se le elogia por igualarse a sus semejantes más ordinarios, ya que

[...] tú y el rucio, unidos,
 dejasteis aquella ínsula, aquel olimpo,
 que el falso soñador te había prometido.
 [...]
 Lo suyo era otra ínsula, Sancho amigo.
 Y tú, como nosotros, los hijos
 de una tierra dramática, ardiente,
 del duelo y del instinto,
 solo queremos que nuestro vivir sea algo nuestro,
 no ser vividos,
 porque no hay ínsulas sin armas ni cautivos (Lizano, 2005: 149).

PROMOCIONES DEL ÚLTIMO TERCIO DEL XX

La novela cervantina apenas propició pretextos poéticos en autores de los setenta. Excepcional es el supuesto de Jenaro Talens (1946). En *Una perenne aurora* (1969), había dado a una composición el título de «La del alba sería», pero va a ser en *Ritual para un artificio*, libro aparecido en 1971, donde abordará más de cerca la temática quijotesca, aunque generalizando el comportamiento del hidalgo a la condición humana, así en los versos de «La muerte de don Quijote», en los que transmite la idea de que, en orden a la supervivencia, nunca son vanos los afanes que desbordan los límites, pues

la artificiosa muerte, su horizonte de humo
 no son un sueño estéril, ni agonía
 sino sol que ilumina desde un cielo inmutable (Talens, 2002: 187).

El más renombrado de los poetas de los ochenta, Luis García Montero (1958), es autor de «Las confesiones de don Quijote», extensa composición en forma de silva inserta en su conjunto *La intimidad de la serpiente*, aparecido en 2003. En el decurso del poema habla en primera persona el hidalgo a un interlocutor que no se desvela, y que puede simbolizar a cada uno de los

lectores, a cada ser humano. A ese destinatario individual y a la vez genérico del siglo XXI le reconoce el caballero que, en Barcelona, advirtió un día la farsa de su vida, regresando luego a su aldea.

Unos versos más adelante, y en un viaje al presente a través del tiempo, don Quijote regresa a la ciudad condal, a cuyas Ramblas se asoma desde el balcón de un hotel. Ve entonces el ir y venir de gentes que, como a él le había ocurrido, también salen al encuentro de espejismos, aunque los de ahora sean distintos:

No montan el caballo de los héroes,
pero están convencidos
de su programación,
de sus constituciones y sus leyes,
igual que yo creí
en mis novelas de caballería².

Poeta de los noventa es Verónica Pedemonte (1963), nacida en Montevideo, aunque de nacionalidad española. Data de 2003 su libro *Dulcinea en Manhattan*, en el que plasma en distintos poemas algunas de sus experiencias en dicho ámbito urbano, el cual le propicia diversas reflexiones sobre su propia escritura. Únicamente en uno de los textos del conjunto, el que abre el libro «Dulcinea deja la lira», aparece el nombre de la amada ideal de don Quijote simbolizando, según la autora, la defensa del idioma. Este es el poema:

Yo amaba a la Lírica
como se ama a una bailarina del Bolshoi.
Por su cuello de cisne,
su cuerpo esbelto
y su mirada altiva.
Pero se acabó el baile y ahora debo
llevar la prosa a cabo
como feliz Aldonza.
Lejos el paraíso de lo etéreo.

² Estos versos se reproducen del texto del poema que figura antologado en la selección, ya citada, *La poesía, señor hidalgo...* (García Montero, 2015: p. 241).

Las estrellas del sueño de Huidobro.
Y ese cálido abrazo que me dabas
con diecisiete años (Pedemonte, 2002: 7).

ALGUNAS CONSIDERACIONES

Varios considerandos pueden desprenderse del recorrido realizado a través de la poesía española de la segunda mitad del xx que se inspira en la novela cervantina. El primero de ellos sería que las tres promociones poéticas que se sucedieron tras la Guerra Civil —del 36, primera de posguerra, y del cincuenta— iban a sentirse poéticamente más atraídas por la temática quijotesca que las levas de poetas que surgirían desde los años sesenta. Estas últimas no solo acuden menos a esos asuntos, sino que cuando se inspiran en ellos lo hacen de un modo diferente, con una intensidad ideológica mucho más comedida, aunque con una pretensión literaria más marcada.

Tocante a los personajes suscitadores de textos a lo largo de las más de seis décadas acotadas, los tres más reiterados han sido don Quijote, Sancho Panza y Aldonza-Dulcinea, con mucha más frecuentación del hidalgo y de su escudero que de la labradora convertida en amada ideal. Respecto a asuntos concretos, los más estelares fueron la supervivencia de los ideales quijotescos, el combate por la justicia y el de la problemática de la locura, pretextos los tres con interferencias entre sí.

Por lo que hace al grado de inspiración en la novela, la inmensa mayoría de los autores se ha basado en el relato cervantino para elaborar un único poema, y raramente para más de uno. Por esa causa descuellan de manera singularísima Sagrario Torres y Jesús Lizano al dedicar sendos libros de poesía al texto de Miguel de Cervantes. Poetas de la primera y de la segunda de las promociones de posguerra, respectivamente, la valdepeñera escribió su *Íntima a Quijote* en la penúltima década del xx, y el poeta barcelonés su obra quijotesca en período finisecular, y a principios del nuevo siglo. Ambos autores comparten una extraordinaria identificación con el personaje de don Quijote, pero por razones diferentes. Torres lo concibe como un ideal a seguir, un ideal de rebeldía poética y evangélica. Estos dos puntos los asume también el discurso de Lizano, si bien su rebelión se plantea desde una

perspectiva ácrata. Tanto el libro de la escritora manchega como el liziano contrastan fuertemente con el perfil de los poemas de los autores de promociones más recientes, los cuales toman más distancia personal e ideológica del personaje, del que no dejan de valorar como positivo su idealismo.

Uno de los motivos más insistentes entre los poetas fue el de la muerte de don Quijote, motivo ligado a la ulterioridad de su mensaje. Fracasado en sus objetivos concretos, y revertida su locura, la pregunta a la que distintos autores tratan de responder es si sus desvaríos fueron tales, y si el testigo de su ejemplo va a permanecer en pie, y cómo ha de llevarse a buen puerto.

Tanto en la promoción de 1936 (Gabriel Celaya) como en la primera de posguerra (Blas de Otero), así como en la del cincuenta (Carlos Álvarez), se aboga porque sea Sancho Panza quien trate de realizar los proyectos sociales y políticos de justicia y libertad. Al ver al escudero como legítimo representante del pueblo español y de su sensatez colectiva, se apuesta porque sea él quien culmine con eficacia los nobles designios quijotescos. En el trasfondo de las concepciones de los autores que optan por ceder el testigo a Sancho late el problema de España, pero no planteándolo desde el ángulo de su papel en el concierto internacional, sino desde las coordenadas domésticas de la lucha contra la dictadura, de la subsiguiente recuperación de la libertad, y de la justicia social.

Las variaciones acerca de la dialéctica que puede darse entre ser cuerdo o estar loco han proporcionado otro fértil campo para la creación poética. En términos generales, las sinrazones de don Quijote se comprenden, ofreciéndonos los poetas diversos niveles de adhesión a ellas. Unido al asunto de la locura encontramos el del mundo al revés, un tópico literario al que la novela cervantina da pie constantemente, y que constituye uno de los ejes del punto de vista de Lizano, cuyo enfoque ácrata le ha propiciado aportaciones temáticas de cuño imparangonable.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCAIDE, Juan, *Poesía completa*, ed. de Rafael Llamazares, Luis de Cañigal y Félix Grande, Ciudad Real, Diputación de Ciudad Real, 2003.
- ÁLVAREZ, Carlos, *Versos de un tiempo sombrío*, Madrid, Zero, 1976.
- *Los poemas del bardo*, Barcelona, Lumen, 1977.

- BALCELLS, José María, «Sagrario Torres y su poema de amor al Quijote», en *Lógos Hellenikós. Homenaje al profesor Gaspar Morocho Gayo*, ed. de Jesús María Nieto Ibáñez, León, Universidad de León, 2003, vol. II, pp. 903-911.
- «El Quijote en la promoción poética del 50: *Lizanote de la Mancha*, de Jesús Lizano», en *Los desvelos de Isis. Sobre poetas, poemas y poesía*, León, Universidad de León, 2014, pp. 287-295.
- CARRIEDO, Gabino Alejandro, *Poesía*, ed. de Concha Carriedo y Antonio Piedra, pról. de Fanny Rubio, Valladolid/Palencia, Fundación Jorge Guillén/Diputación de Palencia, 2006.
- CELAYA, Gabriel, «Cantos iberos», en *Poesías completas*, Barcelona, Laia, 1977, vol. III.
- CRESPO, Ángel, *Primeras poesías (1942-1949)*, ed. de José María Balcells, Ciudad Real, Diputación de Ciudad Real, 1993.
- FUERTES, Gloria, *Historia de Gloria (amor, humor y desamor)*, ed. de Pablo González Rodas, Madrid, Cátedra, 1983.
- GARCÍA MONTERO, Luis, *La poesía, señor hidalgo... Antología de poemas cervantinos*, Madrid, Visor, 2015.
- GARCIASOL, Ramón de, *Segunda selección de mis poemas*, pról. de Antonio Buero Vallejo, Madrid, Espasa-Calpe, 1980.
- HERNÁNDEZ, Miguel, *Obra completa. I. Poesía*, ed. de Agustín Sánchez Vidal, José Carlos Rovira y Carmen Alemany, Madrid, Espasa-Calpe, 1992.
- LIZANO, Jesús, *Lizanote de la Mancha. Cuarta parte*, Barcelona, El Ciervo, 2004.
- *Novios, mamíferos y caballitos (a la acracia por la inocencia)*, Sevilla, La Mano Vegetal, 2005.
- MANTERO, Manuel, «Mínimas del ciprés y los labios», en *Como llama en el diamante. (Poesías completas)*, Sevilla, Universidad de Sevilla/Fundación El Monte, 1996.
- OTERO, Blas de, *Obra completa (1935-1977)*, ed. de Sabina de la Cruz y Mario Hernández, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016.
- PAZ PASAMAR, Pilar, *Ave de mí, palabra fugitiva (Poesía 1951-2008)*, ed. de Ana Sofía Pérez-Bustamante Murier, Cádiz, Ayuntamiento de Cádiz/Diputación de Cádiz, 2013.
- PEDEMONTE, Verónica, *Dulcinea en Manhattan*, San Sebastián, Kutxa, 2002.
- TALENS, Jenaro, *Cantos rodados. (Antología poética, 1960-2001)*, Madrid, Cátedra, 2002.
- TORRES, Sagrario, *Íntima a Quijote*, Madrid, Asociación de Escritores y Artistas Españoles, 1986.